

lianas colgantes de la improvisación y el «dejar hacer», encuentran en escritores como Reyes el imperativo ético, la clara ordenación de la inteligencia.—*Mariano Picón-Salas.*

LA CENSURA POR DENTRO, por
Celedonio de la Iglesia.

Durante 1930 gran parte de la actividad editorial española—libros, folletos, periódicos—se ha ocupado en ventilar los siete años de gobierno del general Primo de Rivera. A lo largo de esos años estuvo la vida española cercada, constreñida, taponada. Apenas si los españoles podían entonces comunicarse unos con otros. A veces una carta íntima entregada a la inviolabilidad postal constituía la primera foja de un proceso. Terminaron, pues, los siete años y todo lo que se hallaba contenido se desbordó. Difícilmente se encontrará en la historia un enjuiciamiento moral más intenso y acucioso que el originado por la Dictadura española.

A este proceso pertenece el libro del señor de la Iglesia, aunque tal resultado esté bien lejos de la admiración que hacia el general desaparecido testimonian algunas de sus páginas. Ya en el prólogo, que pertenece a Rafael Marquina, se hace constar la radical oposición existente entre todo régimen de censura y la salud espiritual y material de los pueblos. Y en el texto, el propio señor de la Iglesia, que fué Jefe del Gabinete de Información y de Censura de Prensa establecido por Primo de Rivera,

la execra también porque, según su personal experiencia, significa

falta de fiscalización, circunstancial e inevitable defensa de ilegítimos intereses, coacción y limitación a la libertad del pensador, estancamiento del progreso y mejora de la humanidad, conservación indefinida de autoridades de todos los órganos algunas veces injustas o inmorales, lesión de intereses económicos de empresas editoriales y periodísticas con la complicación y perturbación de su funcionamiento...

Tal es la conclusión o la moraleja expresa de *La censura por dentro*. No es una novedad. El interés del libro reside en la posición ocupada por el autor dentro del mecanismo de la censura y en la íntima visión que nos trasmite de cuantos personajes se relacionaron con ella. A todos trata don Celedonio con mucho afecto, pero este afecto no le ha impedido verlos como eran y como actuaron a su vista sobre la vida pública española. De Primo de Rivera nos cuenta la ingenua egolatría, el orgullo mesiánico, la susceptibilidad ante las expansiones de confianza que él mismo solía provocar en los demás. A él, al señor de la Iglesia, recibíalo con frecuencia en su cuarto, mientras se vestía o se desnudaba sin ningún melindre.

Estaba impregnado—dice—de tal superioridad y despreocupación de mi persona que a mí me rebajaba y humillaba, imprimiéndome un sello de insignificancia, ya que no de servidumbre.

Refiere asimismo el libro cómo escribía el General sus célebres

notas oficiosas, las cuales habían de ser publicadas luego por los periódicos obligatoriamente. Primo de Rivera las redactaba en la madrugada, improvisándolas con una facilidad y rapidez que para el señor de la Iglesia resultaban asombrosas. Claro está que leyéndolas al otro día todo resultaba comprensible. De vez en cuando dejaba el General un trocito en blanco, y al margen escribía una nota indicando que se pudiese allí «un latín muy conocido».

Con estas menudas visiones *La censura por dentro* refleja un trozo bastante decisivo de la vida pública española en los últimos años y ayuda a percibir el camino por el cual ha llegado España a su actual eferescencia.—*R. C. M.*

JUSTICIA

SACCO Y VANZETTI. UN GRAVE ERROR JUDICIAL, por el *Dr. José Agustín Martínez*.

Empiezan a aparecer en castellano los libros dedicados al estudio o narración de los pormenores del proceso que llevó a la silla eléctrica a los anarquistas italianos Sacco y Vanzetti. Upton Sinclair ha publicado una historia novelada del asunto. Por su parte, Nathan Asch ha escrito *22 de Agosto*, libro que recoge las impresiones de un empleado vulgar en ese día memorable para la clase obrera mundial. Pero la lista sería enorme, pues la cantidad de literatura que se ha escrito y editado sobre la materia tiene

proporciones gigantescas. Un Comité de ciudadanos yanquis, que se propuso la tarea de publicar los documentos relativos a este proceso llevaba publicados, en 1928, siete tomos. Nunca un asunto apasionó tanto a la opinión pública norteamericana y del mundo. El día de la ejecución de los condenados, en todas las grandes y aun en muchas pequeñas ciudades de Europa, de Asia y de América se celebraron mítines, se iniciaron huelgas, se promovieron motines. Principalmente en Norte América el movimiento a favor de los reos y en protesta del fallo que los condenaba, tomó proporciones inusitadas. En Boston, la Atenas norteamericana, la multitud llenaba las calles.

Grupos innumerables marchaban en todas direcciones, pero de una manera particular frente al State House, en las cercanías de la prisión, el célebre Boston Common. La policía dejaba acercarse a los manifestantes, les permitía caminar un cierto número de pasos y después los conducía a la Estación de Policía de la calle de la Alegría. Hombres de letras, periodistas, mujeres, profesores, poetas, abogados de nota estaban aquel día entre los detenidos. Edna St. Vincent Millay, la dulce poetisa de estilo incomparable; el capitán Paxton Hibben, diplomático, corresponsal de la guerra y oficial del Ejército; John Dos Passos y H. John Howars Lawson, filósofos y literatos; Paula Holladay, la gentil *Polly* del famoso restaurant de Greenwich Village, el barrio latino de Nueva York; Alfred Baker Lewis, figura prominente del Partido Socialista; la profesora Ellen Hayes, de Wellesley College, de setenta y seis años de edad, marchando recta, con su cabeza erguida, la hora más seria